

Además, aceptaba Jesucristo los convites que le hacían los grandes, para que los siervos, que, ocupados continuamente en el servicio de sus señores, no podían, como el resto del pueblo, seguir al Señor y oírle en las calles ni en el templo, oyesen sus palabras de vida en su propia casa, y reconociesen en él el autor de su salvación; manifestando de este modo, que su misericordia no despreciaba ninguna condición, y que aún los siervos interesan su corazón y participan de su bondad. De esta manera cumplía á la letra la profecía, de que, siendo toda misericordia, no había de olvidar á la clase más humilde del pueblo, los siervos; y que había de ir en busca de aquellos que no podían ir en busca suya, para atraerlos á su conocimiento y á su amor.

Prueba evidente de esto es, que todos los convites á que asistía el Salvador, concluían siempre con grandes revelaciones, con ruidosas conversiones, ó con magníficos milagros. Con efecto, el convite de Caná de Galilea, se hizo célebre con el milagro de la transformación del agua en vino; el convite en casa de Zaqueo, fué seguido de la conversión del mismo dueño de la casa y de toda su familia; el convite en casa de Simón el fariseo, terminó con la santificación de la Magdalena, y con la revelación del misterio de la bondad de Dios para con los pecadores; y, finalmente, el convite de que ahora tratamos, fué ilustrado con dos actos importantes; es decir, obró un grande milagro y dió lecciones sumamente útiles.

2. El salón del banquete estaba lleno de fariseos, de escribas y de doctores de la ley. Y desde el instante en que cada uno de ellos ocupó su asiento, todos principiaron á mirarlo con una curiosidad maliciosa, con un ánimo perverso, impacientes de oír alguna palabra de su boca, ó de observar en él algún acto, para tomar ocasión de calumniarlo y acusarlo. Pues bien, esta ocasión no tardó en presentarse á su odio y á su furor. Porque, al principiar la comida, un miserable hidrópico, sabiendo que Jesucristo se hallaba en aquella casa, se introdujo en ella con mucho trabajo; y en el estado lastimoso en que se hallaba, con el rostro macilento, con los ojos hundidos, con los labios secos, con la respiración dificultosa, con el vientre horriblemente hinchado, y todo su cuerpo cubierto de una palidez mortal, se puso en su presencia sin decir una palabra. Y ¿quién pudiera expresar la pérfida alegría de los fariseos por este acontecimiento? O él lo cura, dijeron para consigo, y tendremos motivo para condenarlo como infractor de la ley y profanador del sábado; ó no lo cura, y tendremos razón para llamarlo un hombre desapiadado, ó sin poder para hacer milagros.

Jesús, que conocía la maldad de sus designios, volviéndose á ellos,

les dice: ¿Qué os parece? ¿Es lícito curar á un enfermo en día de sábado, ó no? ¡Oh sabiduría divina! ¡cómo desconciertas y confundes la astucia humana! Con esta inesperada pregunta, deja confundidos el Señor á aquellos malévolos, que se gloriaban interiormente de haberlo confundido: porque si responden: *Es lícito*, el milagro se hará con su aprobación: si dicen: *No es lícito*, saben que el Señor está dispuesto á reconvenirles, como poco después les reconvinó en efecto, diciéndoles: «Y ¿cómo no teneis escrúpulo de cuidar de vuestros animales en día de sábado?» Conociendo, pues, que no podían contestar á la pregunta del Salvador sin condenarse á sí mismos, tomaron el partido de no responder. Entónces el Señor, á pesar de ser día de sábado, y de prever el escándalo de los fariseos, como si les dijese: «Yo no necesito de vuestra aprobación ni de vuestro permiso para obrar milagros; todos los días son buenos para dispensar beneficios,» extendiendo su mano omnipotente sobre el enfermo, disipó en un momento sus malos humores, y restituyéndole las fuerzas, lo despidió perfectamente curado y alegre; enseñándonos con este hecho, que los días festivos se santifican perfectamente ejerciendo la caridad con los enfermos; que es un buen modo de honrar á Dios socorrer al prójimo, formado á su imagen; y que no se debe temer el escándalo de los necios ni las habillitas de los maliciosos, cuando se trata de practicar obras de caridad.

Después de haber dado el Señor una prueba de su infinito poder con un milagro tan extraordinario, quiso manifestar igualmente su sabiduría infinita, que todo lo penetra y todo lo conoce. Con efecto, aun cuando los fariseos, asombrados y confusos en vista del portento que acababan de ver, no articularon una sola palabra, principiaron, no obstante, á murmurar interiormente, y á hacerle en secreto la misma acusación que le hicieron después en presencia del pueblo, diciendo: «Este hombre no es santo, supuesto que no respeta la ley que prohíbe trabajar en día festivo.» Por esta razón, el Señor, con un ademán compasivo y severo á la vez, les dijo: «¿Quién de vosotros, si su asno ó su buey cae en algún pantano, no le sacará luego, aunque sea día de sábado?» Debemos observar, que el evangelista, al referir estas palabras del Salvador, dice que las pronunció, contestando á los fariseos. Pero ¿cómo puede decirse que el Señor respondiese, cuando sabemos de cierto, que los fariseos nada le habían preguntado? Porque respondió, no á las palabras, puesto que no las habían articulado, sino á los pensamientos maliciosos que revolvían en su imaginación. ¡Oh prueba admirable de la sabiduría divina, que penetra los corazones, y descubre hasta lo más recóndito que hay en ellos! Considerad

cuán clara, cuán precisa y cuán victoriosa fué esta respuesta. Fué lo mismo que decirles: «En vano os callais, miserables; con el silencio de vuestros labios no podeis ocultar á mis miradas divinas lo que pasa en vuestro corazon. Yo lo penetro con mi luz, y descubro en él los pensamientos maliciosos y los afectos torpes que lo agitan; leo la acusacion que me haceis, de haber quebrantado el dia de sábadó, porque he curado un enfermo.»

No sin un poderoso motivo y un grande misterio, al citar el Señor dos animales, para refutar la acusacion injusta de los fariseos, eligió el buey y el asno. Isaías habia hablado de estos dos animales, diciendo, que reconocerian al Mesías, para confusion de la Sinagoga, que lo despreciaria: *Cognovit bos possessorem suum, et asinus præsepe domini sui, Israel autem me non cognovit* (ISAÍ. 1). Pues bien, segun la doctrina unánime de los Padres, citados por el venerable Beda, el profeta, bajo el emblema del buey, aludió al pueblo judío, cuya cerviz encallecida estaba oprimida por el yugo de la ley; y bajo el símbolo del asno, quiso significar el pueblo gentil, á quien tantos fabricantes de religiones humanas y tantos filósofos impostores habian subyugado, como un vil jumento, á innumerables errores y supersticiones. Ahora bien: el Señor, hablando de estos dos animales proféticos, recordó á los fariseos la profecía, dándoles su interpretacion; y en este hombre compasivo é interesado, á la vez, que viene en el último dia de la semana, en el sábadó, á sacar al buey y al asno del pantano en que habian caído, se retrató á sí mismo, que vino al mundo en el último dia, ó en la última edad del mundo, para sacar á los dos pueblos, judío y gentil, del pantano de la concupiscencia en que se hallaban sumergidos. Fué, pues, como si dijera á los fariseos: «En un órden más noble y más importante he venido yo al mundo, para hacer, por caridad, lo que vosotros haceis por avaricia. Así como vosotros os dais prisa para sacar del pantano al buey y al asno, así yo he venido apresuradamente, para sacar al judío y al gentil de la profunda oscuridad de los errores y de los vicios en que habia caído. Este el fin de mi venida del cielo. ¡Cuán grato me seria comenzar por hacer que esta mision, que he venido á cumplir sobre la tierra, fuese útil á vosotros especialmente! Tened, pues, confianza en mí.

Por la misma razon obró el Señor á su presencia el milagro de la curacion del hidrópico. La hidropesía expresa perfectamente la avaricia de los bienes visibles y de los deleites temporales. De esta avaricia se hallaban poseidos los escribas y fariseos que estaban allí reunidos. Perteneciendo ellos, por lo general, á la secta de los saduceos, que

no creian en la espiritualidad del alma ni en la vida futura, sumerjidos en el más nécio materialismo, se daban prisa á gozar de las delicias fugitivas de la vida presente, y solo aspiraban á las dignidades y á las riquezas, porque con el oro y la autoridad se alcanza todo.

3. En vista de esto, el Señor, al curar al hidrópico del cuerpo, trató de curar estos miserables hidróticos del espíritu; quiso sacar, con un milagro tan extraordinario, á estos estúpidos jumentos, á estos bueyes obstinados y duros, del abismo de la desesperacion en que estaban sumergidos, é inspirarles confianza en su misericordia y en su perdon; quiso decirles con el lenguaje, no de las palabras, sino de los hechos: «Considerad, desdichados, que así como con la virtud de mi divinidad restituyo á este enfermo la salud del cuerpo, puedo tambien perdonaros á vosotros y borrar los pecados de vuestra alma, si escuchais mis invitaciones.» Mas todo fué en vano. Aquellos enfermos frenéticos, léjos de aprovecharse de tan prodigiosa medicina, principiaron á detestar aún al mismo médico que se la ofrecia. Las palabras del Señor los humillaron, mas no los hizo arrepentirse; los confundió, mas no los convirtió. Luego que la ambicion ó la avaricia se apodera de un corazon, lo hincha, lo endurece y lo hace inaccesible á la accion de la gracia de Dios, y al espectáculo de las miserias de los hombres. La prosperidad lo embriaga, la tribulacion lo desespera, los castigos de Dios no lo quebrantan, la religion no lo conmueve, los buenos ejemplos no lo edifican, la gracia celestial no lo ablanda, la edad decrepita no lo desengaña, ni la misma muerte cercana lo hace despertar.

Tres son los caractéres principales que dan á conocer la hidropesía: primero, el hidrópico, devorado por una sed ardiente, que se aumenta en proporcion de lo que bebe; segundo, teniendo horriblemente hinchado el vientre ó el pecho, donde se reconcentran los humores, está árido y flaco en lo demás del cuerpo; finalmente, tiene débil é incierto el paso, la respiracion trabajosa y el aliento fétido. Pues ved aquí retratado el estado de nuestra alma, cuando estamos dominados por el amor de las cosas terrenas. En tal estado, verdaderos hidróticos nosotros en el espíritu, impotentes para respirar con libertad en la pura atmósfera de las cosas divinas, imposibilitados de dar un solo paso en el camino de la salvacion eterna, dando á conocer con nuestros discursos profanos, terrenos y licenciosos la corrupcion de nuestras pasiones; somos torpes de corazon y pobres de espíritu, hinchados de apetitos torpes, y flacos de pensamientos y de sentimientos virtuosos. Somos devorados por una sed ardiente é inextinguible de riquezas, de honores, de deleites y de comodidades ter-

renas, que se enciende á medida que procuramos apagarla. Estamos deseosos de todo, y no estamos contentos con nada; somos viles en nuestro mismo orgullo, pobres en nuestra misma abundancia, é infelices en nuestra misma felicidad. Y ¿qué haremos para sanar de esta funesta enfermedad del espíritu, si por desgracia nos vemos acometidos de ella? Lo mismo que hizo el hidrópico del Evangelio para sanar de la enfermedad que afligia su cuerpo.

Él, desechando todos los remedios humanos, recurrió á los divinos; despidiendo á los médicos, fué en busca de Jesucristo. Ved ahí, pues, el remedio eficaz y el médico poderoso á quien debemos nosotros recurrir, y el único que puede curarnos. Con las lecturas perniciosas, con la asistencia á las representaciones dramáticas, no se curan las enfermedades del alma. Una curacion semejante es obra de la santa ley de Dios, que convierte las almas por la gracia que está unida á ella. Debemos, por lo tanto, ir en busca de Jesucristo.

En segundo lugar, el hidrópico buscó á Jesucristo, cuando éste se hallaba sentado á la mesa; y nosotros igualmente debemos ir en busca de él á los sagrados templos, donde él, en la sagrada Eucaristía, se halla como sentado á la mesa de su amor, no solo como Dios clementísimo, deseoso de perdonar todas nuestras culpas, sino tambien como médico compasivo, dispuesto á curar todas nuestras enfermedades. Si nos dirigimos con frecuencia á buscarle á este sagrado convite, la curacion de nosotros, desgraciados hidrópicos, es segura.

En tercer lugar, el hidrópico se presentó delante de Jesucristo sin decir una sola palabra. Pero si callaba su lengua, no callaba su corazon, lleno de fé en el poder del Señor y de confianza en su bondad. Del mismo modo nosotros no necesitamos hacer en presencia de Jesucristo grandes discursos con la lengua, habiéndonos dicho él mismo, que la eficacia de la oracion no depende de hablar mucho, sino de sentir mucho: *Orantes, nolite multum loqui* (MATTH. VI). Se necesita gritar delante de Dios, pero más bien con el corazon, que con la lengua, porque la gracia no se concede al gran clamor, sino al grande amor.

En cuarto lugar, las palabras del evangelista: *Erat ante illum*, indican, que el hidrópico, sin dirigir á Jesús una palabra, tenia fija lá vista en él, esperando que sus miradas se encontrasen para hacer que, por medio de los ojos, pasase al corazon de Jesucristo el grito de su propio corazon. Ved aquí el retrato fiel de nuestra pobre humanidad, enferma, acongojada, abatida é impotente aún para expre-

sar su propia enfermedad y su propio dolor; y ved aquí tambien el medio que nos queda para atraer sobre nosotros la piedad divina. Así como los pobres permanecen muchas veces en las calles en presencia de los ricos, sin decir una palabra, pero dirigiéndoles de vez en cuando una mirada triste, mostrándoles de cuando en cuando su miseria y su desnudez, lanzando una humilde queja ó un sordo suspiro, que dice mucho más que cualquier largo discurso; de la misma manera nosotros debemos permanecer en presencia de Jesucristo, fijando en él una mirada de respeto y de confianza, de humildad y de amor; una mirada, expresion sincera de la confusion, del dolor de nuestras enfermedades espirituales y del deseo de ser curados; una mirada, que, callando la lengua, explique toda nuestra miseria y mueva á compasion.

Finalmente, no diciendo el evangelista, que el hidrópico *estuvo*, sino que se *puso* delante de Jesucristo: *Erat ante illum*, expresa la perseverancia de la oracion, tanto más elocuente, cuanto es más silenciosa. Él no se ruboriza de permanecer allí, siendo el espectáculo y la burla de tantas personas: sufre con paciencia la mirada desdeñosa de los fariseos, los sarcasmos de los convidados y los insultos de los criados. Nadie lo compadece, nadie se interesa por él, nadie lo atiende. El mismo Jesucristo, que habia formado ya sus designios de piedad sobre él, para poner á prueba su fé, y acrecentar su mérito, al principio, aparenta que no lo ve, ni se cuida de él, no le dirige una palabra, ni una mirada. ¡Oh modelo! ¡Oh maestro de la oracion! El hidrópico no se desamina ni se acobarda por esto, sino que, permaneciendo en la misma actitud lastimera, fijo é inmóvil delante de Jesús, sin dirigirle ninguna queja secreta, espera con paciencia y resignacion el momento en que se digne el Salvador curarlo; y cuanto más desatendido se ve, tanta mayor es su esperanza. Ved aquí, pues, lo que debemos hacer tambien nosotros, si tarda el Médico celestial en concedernos el remedio que debe curarnos: debemos, no desmayar ni desconfiar, sino tener siempre fijas las miradas de nuestra esperanza y de nuestra oracion en nuestro Dios y Señor, hasta tanto que se digne compadecerse de nosotros.

No cabe la menor duda: el corazon amoroso de Jesucristo no resiste por mucho tiempo al espectáculo de nuestra miseria, ni al grito de una humildad fiel. La vista de nuestras enfermedades lo aplaca, lo entenece y lo mueve á piedad. Él nos volverá mirada por mirada y amor por amor; él extenderá sobre nosotros una mano piadosa, y nos curará de todas nuestras enfermedades, renovando en nuestra alma el prodigio que obró con el hidrópico en el cuerpo; y de esta manera